

# Ya no amanecerá nunca más

Qué sabio era aquel poeta que en épocas lejanas afirmaba que el acto de mayor heroísmo puede encubrir la más vil de las cobardías. No conozco de su vida, ni tan sólo sé cuál era su nombre, y sin embargo, tengo por él la mayor de las simpatías. Quizá porque padeció lo que sus versos trazaron, aunque ello nunca podré saberlo.

En Gondor los cuerpos de la Guardia tenían lemas que unos gustaban grabar en los cinturones plateados y otros en las vainas relucientes. Hablaban de orgullo, de honor y de lealtad. Mucho he meditado sobre tan grandes valores, por ello no me negaréis que el orgullo puede herir tanto como el filo de una espada, acaso por llevarte por caminos tenebrosos. El honor, ¿no es el honor un sendero que conduce hacia la más grande y ciega de las locuras? Dejádme que sonría, las cosas siempre cambian y las lealtades, quieras o no, terminan por olvidarse.

Mi corazón está lleno de amargura, contra los hombres, contra el nuevo mundo que está surgiendo, contra el destino, contra Eru que me ha condenado a vivir, ya que un día busqué con afán la muerte.

Nunca sabré por qué escribo hoy estas líneas, quizá porque el pesar me agobia más que nunca, quizá porque estas montañas que amé se han vuelto frías y vacías, y ya no tengo a dónde ir. Nadie me espera en ningún sitio. No sé. Quizá sea porque ahora que están naciendo las leyendas alguien sepa qué se esconde tras de ellas. Pero no quiero engañarme, seguirán siempre un curso que les llevará lejos de las fuentes de donde se nutrieron, lo sé, lo sé porque formo parte de ellas, aunque eso sea sólo una verdad a medias.

En mi juventud vivía con mi familia cerca del mar junto a blancas playas y hermosos acantilados. Amábamos el mar sobre cualquier otra cosa, quizá por ello mi padre me llamó Earnur, o quizá fuera en recuerdo del último rey de Gondor, jamás llegué a saberlo. Lo cierto es que aquel fue el primer aviso que mi destino estaba ya sellado con letras de fuego oscuro. Pero hoy nadie me conoce por este nombre, quienes me llamaron así están todos muertos, mis padres, mis amigos de la infancia y el Cuerpo de los Dragones de la Guardia Real de Gondor.

Mi nombre, el nombre por el que todo el mundo me conoce no es sino el de Draugreen el Lobo Solitario, el que Anda en Sombras, el que No Ve la Luz, el que Quiso Morir.

¡Yo soy Draugreen el Valiente! ¡El Osado! Mi nombre está escrito con letras de oro en la Avenida de los Héroe de Minas Tirith.

¡Eru ha querido reírse de mí!

Esta mañana se ha levantado fría, la niebla sigue envolviendo las montañas, como todos los días. El invierno se resiste a abandonarme, mientras que en el valle la primavera florece sin temor.

Estamos, por las cuentas que llevo, en el vigésimo séptimo año de la Restauración. Minas Tirith, bajo el reinado del Rey Elessar Piedra de Elfo y su hermosa reina Arwen, Princesa de los Elfos, florece como nunca lo hizo antes. El comercio crece en el sur, y en el norte, en Arnor, se reconstruyen las grandes ciudades y Annúminas se convertirá pronto en una ciudad importante. En el oeste los últimos elfos parten y del este llegan numerosas muestras de vasallaje y alianza, y el temor de Mordor es ahora tan sólo un recuerdo lejano. Un sueño. Un maldito sueño que me despierta cada noche.

Pero la tierra florece, el reinado de los Hombres ha empezado, aunque yo viva en las montañas, solo y por expreso deseo. Estoy cansado, muy cansado. Pronto llegará mí hora y sé que Eru tiene muchas cosas que decirme.

Nací en las costas de Belfalas, el mismo año en que Denethor II era nombrado Mayordomo y Senescal de Gondor. Mi padre era por aquel entonces Capitán de la Guardia de Minas Tirith, respetado y admirado entre los suyos. Llegó a participar en las campañas de Umbar bajo las órdenes de Thorongil, otra amarga sonrisa del destino. Pero cuando se sintió cansado de la Ciudad pidió la licencia y regresó a casa. Así pude conocer a mi padre cuando yo rondaba los siete años. La admiración que yo sentía por él fue en aumento a medida que él nos iba contando a mi hermana y a mí las historias, leyendas y los cuentos apasionantes que se narraban en Minas Tirith. Nos hablaba también del lejano Arnor, de la misteriosa Lothlórien, de Númenor, de los Reyes de antaño...

Aquellos maravillosos años, los únicos en los cuales he sido completamente feliz, no se borrarán jamás de mi memoria.

Deseaba por aquel entonces emular a mi padre en las grandes guerras que habían de llegar. Y así fue como con el tiempo también yo marché a Minas Tirith para servirla. Fueron años de duro aprendizaje en la ciudad, mucho más duro del que ahora se imparte a los nuevos soldados, aquellos eran en verdad tiempos peligrosos. Finalmente pude ingresar en el Cuerpo de los Dragones y fui enviado a Osgiliath, la antigua capital del reino, recuperada en la juventud de Denethor.

Osgiliath es hoy tan solo un recuerdo y ruinas ennegrecidas. Pero yo llegué a verla aún en pie, moribunda y herida de muerte, vacía y silenciosa, pero orgullosa aun en su ruina. Conservaba todavía altos edificios que a duras penas se mantenían en pie, edificios donde podías vislumbrar su antiguo esplendor. El puerto vacío tenía aún sus largos muelles y sus hermosas y lujosas casas que demostraban que hubo un tiempo en que Osgiliath era realmente una ciudad bella y elegante, no en vano fue nuestra capital durante muchos años, hasta la caída de Minas Ithil, de recuerdo infausto.

Algunos de aquellos edificios habían sido remodelados para habilitar en ellos un fuerte y una torre de defensa, desde donde podíamos vislumbrar la otra orilla del Anduin, donde se alzaba el otro sector de la ciudad. Aún estaba en nuestro poder, pero no era una zona muy segura, nos aventuramos algunas veces pero las emboscadas y las escaramuzas con los orcos terminaron por hacernos desistir de emprender nuevas acciones. Reconstruimos el puente central que une a los dos sectores por su valor estratégico, los otros dos habían sido destruidos y algunos restos sobresalían por sobre las aguas del Anduin.

Pasé en Osgiliath varios años, aunque lo cierto era que no tentamos mucho en que entretenernos. La ciudad estaba vacía con nosotros sus únicos inquilinos, nosotros, claro está, y los vecinos de la otra orilla. Reforzamos como pudimos la fortaleza del puerto pues los tiempos que se avecinaban no eran nada alentadores.

Los orcos se mostraban más y más inquietos, y las pequeñas escaramuzas eran cada vez más frecuentes. Algunas de ellas se acercaban peligrosamente al mismo puente, aunque siempre desaparecían cuando veían acercarse a nuestros refuerzos. Daba la impresión que sólo querían tantear nuestras fuerzas, o reírse de nosotros, o quizás ambas cosas a la vez.

Pero llegó la helada muerte y con un enemigo que congelaba el corazón y te quitaba las ganas de vivir.

Recuerdo que era junio, aunque me sería difícil recordar el día. Llegaron por la mañana, cubrieron toda la orilla oriental de Osgiliath, tomaron con demasiada rapidez los pasos del puente y antes de que nos diéramos cuenta luchábamos en los muros de la fortaleza. Los muelles habían caído y se estaba combatiendo con una furia asesina en las casas de alrededor. Yo estaba allí, luchando, tenía la sangre joven y aunque veía que el enemigo nos superaba en número no tenía miedo, o no creía tenerlo. Nuestra juventud nos hace creer inmortales. Lo cierto es que a mediodía habíamos conseguido reagrupar nuestras tropas y detener el ataque. Los muelles se encontraban repletos de cadáveres, había soldados nuestros, rostros jóvenes, como el mío por aquel entonces, pero la mayoría eran de orcos y hombres de tez morena que jamás había visto antes. Entonces aparecieron, el terror y la locura los

precedían y sus mismos soldados huían despavoridos ante su presencia. Vestían con grandes capas negras y yelmos de plata. No podíamos verles la cara, pero un miedo mortal se apoderó de nosotros, algunos decían que el mismo Sauron había llegado. Nos embistieron con saña y cientos de orcos iban tras de ellos. Nos defendimos como pudimos, pero aquellos oscuros jinetes hacían estragos en nuestras filas. Nadie era capaz de levantar la espada contra ellos. Aquello se convirtió en una carnicería. La Torre se desplomó envuelta en llamas cuando yo me encontraba en la Gran Avenida. Entonces le vi, montaba un caballo negro y me estaba mirando, si esto puede decirse de alguien que no tiene cara, pues aunque no veía sus ojos sentía su mirada, fría y demoledora, que me atravesaba.

Jamás, jamás en la vida podré olvidar aquel rostro, aún hoy me levanto en la oscuridad temblando, viendo ante mi cara ese vacío que arrugaba mi alma. Aquel ser era la Muere, la más horrenda de las muertes, era la muerte en vida, la muerte del alma. Arrojé la espada al suelo y sólo pensé en huir. En huir, salvar la vida. ¡Que Eru me perdone! Sí, huí de la batalla, como un despreciable cobarde, sin volver la vista atrás, corrí lleno de pánico abandonando a los míos. El jinete no me siguió, no representaba nada para él, pero pude oír su risa, su risa estentórea burlándose de mí. Aquella carcajada fue la más cruel de las heridas, una inmensa puñalada en el centro del corazón. Pero no me detuve, seguí huyendo aunque oía los gritos de mis compañeros atrapados en la ciudadela. La Ciudad estaba en llamas y la batalla perdida, pero aun así no dejaron de luchar, salvo yo que abandonaba la ciudad lleno de terror.

He intentado con los años encontrar algún motivo, por pequeño que sea, que pudiera explicar mi cobarde huida, y aunque he encontrado miles, ninguno ha logrado jamás convencerme. Fui un traidor y debo llevar ese peso sobre mis espaldas hasta el último día de mi vida.

Me enteré tiempo más tarde que Osgiliath había caído y que nadie había regresado con vida a Minas Tirith. Todos mis compañeros murieron allí, y aunque Boromir el heredero de Denethor logró con el tiempo recuperar el control de la parte occidental, jamás lograron recuperarse los cuerpos. Así fue como Earnur fue dado también por muerto, y si he de ser sincero no muy lejos de ella me encontraba, pues vagaba sin rumbo y sin esperanza por las tierras de Rohan. No me importaba a dónde iba, caminaba y caminaba lleno de dolor. Me había convertido en una sombra, en un espectro, en un ser despreciable. No, en verdad Earnur había muerto y no merecía llevar ningún nombre. Y ningún nombre tomé, me convertí en una

bestia salvaje y huía de los hombres. Aquel dolor en mis entrañas me quemaba por dentro, como si fuera el Silmaril de Carcharoth. ¡Oh, Eru! ¡Cuántas veces quise morir!

Vagué varios días por las llanuras de Rohan sin rumbo fijo. No podía regresar a mi casa, ni tampoco a Minas Tirith. ¿Quién me esperaría? Para todo el mundo yo había muerto y no me hubiera atrevido a mirarles a los ojos.

Me encaminé a las Montañas Blancas, sin ningún propósito, tal vez con el deseo de que la niebla me transportara lejos, muy lejos de este mundo. Me adentré en sus bosques, me subí a sus cimas y me refugié en sus cuevas. Luché con los animales y el tiempo dejó de significar algo para mí. Hubo días en que llegué a olvidarme incluso de mí mismo.

Pero no estuve solo. En la soledad de aquellas montañas vivían y viven un pueblo de una extraña raza, bajo y encorvado, de piernas cortas pero ágiles, narices chatas y ojos hundidos, desconfiados con el extraño. Sin embargo y no sé por qué razón me aceptaron como uno de los suyos. Se llamaban a sí mismos *drugs* y eran grandes cazadores, aprendí con ellos muchas cosas, algunas ya olvidadas por la lejana Minas Tirith. No eran muy numerosos, vivían en pequeñas tribus cada uno con su propio jefe, aunque solían reunirse a menudo entre ellos. Uno de aquellos jefes y al que me unió una gran amistad se llamaba Ghan-Buri-Ghan. Intentó enseñarme algo de su complicada lengua, pero demostré ser un mal alumno. Él, sin embargo, aprendía con mayor rapidez la Lengua Común. No me hizo muchas preguntas sobre mi pasado, creo que sus ojos adivinaron mucho más de lo que yo hubiera querido. Me acompañó en mi vana búsqueda de verdades, de verdades y de respuestas. Crucé con él valles y montañas, siempre en silencio, siempre a mi lado. Llegamos a ser grandes amigos, el primero y único que tuve.

Cuánto tiempo pasé allí, no lo recuerdo. Casi un año por las cuentas que hice después, aunque yo creía haber consumido ya media vida. Creía también haber logrado mi propósito, renunciar al mundo, con el alma muerta y la mirada fría. Y nada me importaba, ni siquiera si el amanecer de aquel día hubiera sido el último. Pero el mundo no quería olvidarse de mí, había olvidado que era un juguete en manos de un cínico destino.

Era un día de primavera cuando Ghan-Buri-Ghan mandó llamarme y allí en los acantilados de Eilenach me señaló en la lejanía las praderas de Anórien. Era al atardecer cuando el sol en su ocaso dibuja la tierra de oro y sangre a lo largo de millas y millas, roto solamente por la serpenteante silueta del Anduin que a duras penas podía verse en el

horizonte. Pero en las llanuras de Anórien Earnur que huyó de la guerra en Osgiliath veía ahora con sus propios ojos cómo la guerra andaba buscándole para saldar viejas cuentas. Pues allá abajo en las praderas un poderoso ejército de jinetes avanzaba hacia el Sur. Eran los rohirrim, los Jinetes de Rohan, inconfundibles con sus largas cabelleras rubias, esbeltos y orgullosos, fuertemente armados con lanzas, arcos y espadas. A la cabeza iba un grupo de jinetes con sus estandartes verdes y blancos, sin duda la escolta del viejo rey. Pero si el propio rey marchaba al frente de sus tropas era algo verdaderamente sorprendente. En mi juventud, allá en Gondor corrían rumores de que se hallaba gravemente enfermo. Ghan-Buri-Ghan los miraba fijamente como si quisiera reconocer cada rostro, cada mirada. Y juraría que no era otra su intención.

Tras un inquietante y prolongado silencio pareció despertar de un largo sueño, meneó la cabeza y hablando en su lengua ordenó a algunos de los suyos que se pusieran en contacto con los jinetes. De pronto me miró como si me viera por primera vez y en sus ojos vi sangre, sangre que descendía tibia y silenciosa por las corrientes del Anduin más allá de los muelles de Osgiliath. Me quedé allí mientras él se marchaba, solo, como una isla en lo alto del acantilado.

Mis recuerdos, que yo creía haber olvidado, me asaltaron de nuevo, sin darme cuartel. Dolorosos recuerdos. No podía pensar con claridad, un huracán de lodo me envolvía. Pero con la muerte del sol toda la llanura se volvió negra y el silencio y la paz me alcanzaron como un preludio, como un aviso.

Cuando regresé era ya de noche, Ghan-Buri-Ghan estaba en compañía del rey Théoden y sus mariscales. Vi entonces que era cierto, el propio rey marchaba a la guerra. Aguardé allí en silencio escuchando la conversación entre ambos, hablaban de Minas Tirith, de los orcos, de caminos cortados... Rohan acudía a la llamada de Gondor y tenía prisa. Estuvieron hablando durante horas y aunque el jefe Drug no parecía sentirse muy a gusto entre tantos hombres de las llanuras terminó por ofrecer su ayuda a los jinetes.

Cuando terminaron por fin de hablar Ghan-Buri-Ghan se levantó y con una seña me indicó que me acercara. Cuando me adentré en el círculo los hombres de Rohan se levantaron sorprendidos.

- Gran Padre de los Jinetes -dijo sin prestar atención a los sorprendidos jinetes- He aquí a un gran cazador. Es su deseo acompañaros a Minas Tirith.

Me volví hacia el drug, pero en sus ojos sólo vi la misma imagen que al atardecer, una Osgiliath ensangrentada. Entonces supe que tenía que regresar, la llamada de la Muerte era poderosa y luego... lo sabía, la oscuridad, la oscuridad que trae el descanso y la paz. El descanso, sí, quería descansar. Pero antes tenía cosas que hacer, vengar la muerte de mis amigos, vengar mi propia muerte, saciar mi sed de odio, aplacar mi ira levantando una muralla de cadáveres. Sí, así tenía que ser. Mi vida estaba vacía y mi alma una vela que se apaga. Pero por una vez, por una sola vez, que estallara en llamas, que cubriera de fuego la llanura y luego se hundiera en la oscuridad satisfecha de su propia ruina. Sí, así tenía que ser, tenía que llenar esa tumba que llevaba mi nombre, aunque nadie jamás lo llegase a saber.

- ¿Cómo te llamas? -me interrogó de pronto el rey Théoden mirándome intrigado.

Volví lentamente de mis oscuros pensamientos y observé en sus ojos el brillo hermano de la muerte y supe que el destino también le aguardaba en la ciudad de Gondor.

- No tengo nombre, Señor de los Jinetes, pero los Hombres Salvajes me llaman Lobo Solitario.

- Que ese sea entonces tu nombre. Cabalgarás con nosotros si ese es tu deseo, gran honor te doy, no lo defraudes. -Entonces se levantó también él y por un instante me miró fijamente a los ojos, creo que sonrió aunque no podría asegurarlo. Luego se marchó seguido de cerca por sus hombres. Parecía cansado, un cansancio que le subía de los más profundo.

Ghan-Buri-Ghan estaba aún allí, pero en sus ojos ya no vi mi temida Osgiliath, sólo orgullo y una lejana alegría.

- Serás mi brazo y mis ojos. Contigo lucharemos todos los drugs. Mata gorgun, mata gorgun -me dijo antes de marcharse.

Partimos no mucho más tarde, pues aunque la noche era todavía cerrada, las primeras luces del alba no tardarían en llegar. Cabalgamos durante algunas horas por caminos olvidados que surcan las montañas, hasta aparecer ante el muro defensivo de la llanura de Gondor. Había orcos, pero al amparo de la oscuridad caímos sobre ellos como una maldita tempestad. Sus

cabezas cortadas estarán aún preguntándose que extraño embrujo nos había traído desde la más profunda de las noches.

Habíamos entrado en Gondor, mi antigua patria, y la congoja se apoderó de mí. Minas Tirith brillaba allá lejos envuelta en llamas. Entonces lo sentí, sentí cómo avanzaba la tormenta, cómo el viento huracanado azotaba todas mis venas, cómo mi cordura se diluía ante el manto oscuro y pesado de la locura. Quería gritar, quería golpear. Matar y matar hasta desfallecer.

Estábamos allí, en medio de la llanura y la noche nos envolvía. La ciudad ardía y en vano parecía ahora nuestra alocada cabalgata, cuando de pronto una luz cegadora se levantó en la ciudad y mil truenos le siguieron resonando en las montañas. Los jinetes retrocedieron y los caballos se movieron inquietos. Pero entonces, por encima del murmullo de los soldados se oyó la llamada del rey.

*¡De pie, de pie, Jinetes de Théoden!*

*Un momento cruel se avecina: ¡fuego y matanza!*

*Trepidarán las lanzas, volarán en añicos los escudos,*

*¡Un día de la espada, un día de rojo, antes que llegue el alba!*

*¡Galopad ahora, galopad! ¡A Gondor!*

Y mil cuernos respondieron a su llamada, mil lanzas se alzaron, y ya no hubo miedo. El viento de la mañana nos azotó la cara cuando nos lanzamos hacia Minas Tirith. La tempestad y la locura se habían al fin desatado. Era la hora de la Muerte y nadie quería faltar a su cita. Y yo no podía olvidar que tenía una cuenta pendiente con ella.

Embestimos la marea negra de orcos que huían aterrorizados. Golpear y matar, no había otro pensamiento en mi cabeza, mientras en el fragor de la batalla los jinetes cantaban. Golpear y matar, golpear y matar, y los jinetes que conmigo iban se asombraban de mi furia. ¡Qué sabían ellos!

Vimos llegar nuevos hombres, extraños servidores de Sauron, aunque ya en Osgiliath pude verlos. Mas no me importaba, estaba embriagado por la muerte, acechando en cada rincón, en cada sombra, yo andaba buscándola abriendo camino con mis puños y mi espada.

Entonces llegó, surcando el cielo en una horrenda criatura. Vino a posarse no muy lejos de donde yo me hallaba. Sentí que el pánico me alcanzaba y recordé mi encuentro en Osgiliath. A mi espalda los jinetes huían, algunos querían alejarme de aquella aterradora



presencia. Pero yo me reí, y mi risa sonó extraña en llanura fangosa. Levanté mi espada y grité con todas mis fuerzas. El manto pegajoso del miedo había caído. ¡Earnur había regresado!.

Cayó el primer orco bajo mi espada vengadora y di un paso, y otro, y otro. Tenía que llegar. Algunos jinetes sorprendidos por mi decisión recobraron su valor y gritando me siguieron. ¡Qué terrible espectáculo! Mi propia sangre me cubría la cara, pero no sentía dolor, tan fuerte era en mi el deseo de alcanzarle. Cuando conseguimos al fin romper la resistencia de los orcos corrí lleno de furia hacia la muerte.

Pero era demasiado tarde. Un lamento terrible se levantó en el cielo aun cuando corría. Cuando llegué una hermosa mujer yacía en el suelo, el rey Théoden moribundo no muy lejos de ella, murmurando sus últimas palabras a un niño que lloraba desconsolado sobre su pecho. Quedé estupefacto durante unos segundos ante tan trágica y extraña visión, pero entonces me fijé en él, yacía junto a la hedionda criatura. Estaba muerto, ¡muerto! Me acerqué, mas no había ningún cuerpo, tan solo ropas vacías y una gastada corona de hierro. La Muerte había sido vencida por una mujer y un niño. El destino también tiene sus bromas. Sentí en mi interior la cólera helada, la más negra de las noches, la locura completa. Desde el bosque de los Drúadan había cabalgado sólo para encontrarme con él, y ahora yacía a mis pies, muerto. Mi deuda ya no podrá saldarse jamás. Cogí la corona y la partí con mi espada maldiciendo mi suerte.

Llegaron los jinetes de Rohan, llegó Eomer el nuevo rey y su dolor y su furia se hicieron patentes, se levantó el estandarte y regresamos a la batalla. Pero ya no había cantos, sólo ira, rabia y odio. Al fin estábamos a la par y embestimos al enemigo para poder poner fin a esta grandiosa farsa que era la vida.

Y sin embargo Mandos no me quiso en sus Estancias, me negó el derecho a descansar ¿Acaso no me lo había ganado ya? Me mantuvo con vida para que viera morir hombres valientes, para que viera familias rotas y sueños ahora inútiles, para que viera ilusiones deshacerse en la locura de la guerra. Yo, que no tenía ni familia, ni sueños, ni ilusiones, yo, que no tenía nada. Yo, yo estaba vivo y ellos muertos.

Lo que aconteció después es de todos conocido, innumerables crónicas se han escrito y se escribirán sobre ello. La Gran Victoria, el regreso del Rey, los Medianos..., todo es conocido. Mi nombre, el nombre de Draugreen el Lobo Solitario fue honrado entre muchos otros y colocado en letras de oro en la nueva Avenida de Minas Tirith, y los jinetes de Rohan me ofrecieron un lugar entre su pueblo.

Pero ni Gondor ni Rohan eran ya mi patria, ni mi querida Belfalas. No, no había lugar para mí en el nuevo mundo que nacía.

Regresé a las montañas, con mi amargura y mi silencio, buscando esa paz que jamás encontraré.

Esta mañana ha muerto Ghan-Buri-Ghan.

Empieza a llover y mi alma se encoge. La lluvia resbala sobre las piedras mojadas goteando a mis pies, mientras yo contemplo la lejanía con la mirada vacía.

Jaume Pérez Arbona - Karadhras